Los cuatro dilemas Norte-Sur ante la crisis ecológica

Bernard Duterme

La pandemia de coronavirus ha hecho una aparición impactante que ensombrece y revela mucho al mismo tiempo. Ha enmascarado y desenmascarado a la vez esta crisis ecológica que la precede, la supera y la sigue. Enmascarada, en el sentido de que primero la sacó de la agenda, la apartó de las "urgencias", proscribió los "cuidados intensivos", y luego favoreció un "desconfinamiento" sinónimo de "vuelta a la normalidad", o incluso una "revancha" productivista y consumista. Desenmascarada, en la medida en que al profundizar las desigualdades y revelar, tanto aguas arriba como aguas abajo del drama de la salud, los estrechos vínculos que nuestros modos de vida en la Tierra establecen entre la salud y el medio ambiente, ha removilizado las energías de quienes desean reactivar la máquina sobre otras bases, socialmente más justas y ecológicamente más sostenibles. Hay que cambiar el modo de producción de las grandes industrias y el nivel de consumo de las poblaciones más ricas, de lo contrario corremos el riesgo de hipotecar el destino de las generaciones futuras. En eso estamos. Desde hace medio siglo. Pero cuatro dilemas siguen frenando las energías transformadoras.

¿La crisis ecológica es central o marginal?

La magnitud del desastre ecológico es asombrosa. Y, sin embargo, importantes sectores siguen ignorando el desastre, y lo que es peor, refutándolo. Sectores de poder -industriales transnacionales, círculos empresariales, políticos conservadores, economistas liberales... - que se niegan a reconsiderar la lógica de su modelo de acumulación a la vista de sus callejones sin salida.

La negación de la crisis ecológica, el desmantelamiento de los estados de bienestar y el agravamiento de las disparidades desde los años 1980 forman parte de la misma estrategia, según el filósofo Bruno Latour. "Las élites estaban tan convencidas de que no habría vida futura para todos, escribe, que decidieron deshacerse de las cargas de la solidaridad - es la desregulación; que había que construir una fortaleza dorada para el escaso porcentaje que podía salir adelante - es la explosión de las desigualdades; y que, para ocultar el sucio egoísmo de esa huida del mundo común, había que rechazar la amenaza que había detrás - es la negación del cambio climático" (*Où atterrir?* , 2017).

Este razonamiento se basa especialmente en el episodio de la empresa ExxonMobil que, a principios de los años 90, "con pleno conocimiento de causa" (publicó artículos de calidad sobre los peligros del cambio climático), decidió invertir en la extracción desenfrenada de petróleo y en una campaña para demostrar la inexistencia de la amenaza medioambiental. También son noticia otros casos en los que las multinacionales más destacadas toman la delantera. O lo ocultan, como el software utilizado por Volkswagen y otros para reducir las emisiones contaminantes durante las pruebas de homologación de los nuevos motores.

¿El Sur está preocupado o es indiferente?

Los múltiples índices que miden la crisis ecológica así lo atestiguan. En primer lugar, golpea a los grupos sociales más vulnerables y afecta más a las regiones del Sur que a las del Norte. El quemado no es el quemador. Los que menos se benefician del productivismo y el consumismo son los que más sufren. Por todo ello, ¿son las personas más preocupadas las que tienen la culpa? ¿Son las poblaciones más expuestas las más preocupadas por "el futuro del planeta"? Evidentemente, no. La observación remite tanto al viejo debate marxista sobre la "conciencia" que los subalternos pueden tener de sus "intereses objetivos", como al carácter secundario de las consideraciones (aparentemente) "postmaterialistas" cuando lo "material" no está asegurado.

¿Cómo puede uno conmoverse por "el fin del mundo" cuando "el fin de mes" requiere todas sus energías? Centrarse en el clima es el privilegio de los grupos liberados de las urgencias vitales", explica François Polet. Y Thierry Amougou está de acuerdo: "La emergencia medioambiental es la de los privilegiados y no la de sus primeras víctimas. Los estómagos hambrientos no tienen oídos para la ecología" (Cetri, *L'urgence écologique vue du Sud,* 2020). En otras palabras, el gusto por la "simplicidad voluntaria" de los que tienen una fibra postmaterialista no tiene por qué imponerse a la necesidad de escapar de la "simplicidad involuntaria" de los pobres... con una fibra materialista.

Dicho esto, la observación no debe ocultar otra faceta de las realidades a las que se enfrenta el Sur. La de las luchas socioambientales, ciertamente minoritarias pero no por ello menos eficaces, que oponen a las comunidades locales y al capitalismo transnacional las poblaciones afectadas y los "megaproyectos" de los inversores externos. Ya sea la minería, la agroindustria, la energía..., el impulso "extractivista" ha actualizado, desde principios de siglo, el destino "proveedor de recursos" de muchos países periféricos sin valor añadido. Incluso ha colocado a varios de ellos en una situación de "reprimarización". Y reforzando la subordinación de estas economías a las de las grandes potencias, incluidas las emergentes.

Los movimientos socioambientales están formados por los habitantes de las "nuevas fronteras" de este modelo depredador. Un modelo de "acumulación" no sólo a través de la explotación del trabajo y la naturaleza, sino también a través de la "desposesión", mediante la apropiación privada de la tierra y el subsuelo, los recursos, el material genético, la biodiversidad... Las poblaciones movilizadas son las víctimas involuntarias. Las poblaciones movilizadas son las víctimas no consentidas. Por lo tanto, están doblemente preocupadas.

¿Las responsabilidades son comunes o diferenciadas?

La cuestión de las "responsabilidades de la crisis ecológica" oculta el reconocimiento del problema, la aceptación de sus causas y la designación de los culpables. No es poca cosa, hasta el punto de que la relativización del problema ("basta de catastrofismo"), la negación de sus orígenes ("los científicos nos mienten") y la dilución de las responsabilidades ("todos en el mismo barco") siguen ocupando el centro de la escena. Sin embargo, han pasado 30 años desde que la comunidad internacional alcanzó este principio revolucionario en Río en 1992: "Dada la diversidad de funciones en la degradación del medio ambiente, los Estados tienen responsabilidades comunes pero diferenciadas. Los países desarrollados reconocen su responsabilidad, dadas las presiones que ejercen sobre el medio ambiente, las técnicas y los recursos financieros de que disponen. "

Los países pobres han tenido que luchar mucho para que este principio se convierta en el bronce del derecho internacional. Y así conseguir añadir a la idea de la responsabilidad común de la degradación, la de que una parte de la humanidad soporta más que la otra y, por tanto, es responsable ante esta última de su alto nivel de desarrollo. En otras palabras, la deuda ecológica de los (países) ricos para con los (países) pobres, acumulada desde la revolución industrial, debe hacerse valer hic et nunc. Pero los Estados del Norte se esfuerzan por tomar

medidas. O, como los Estados Unidos de Trump, se resisten, a pesar de que los países emergentes creen haber asumido su parte, hasta el nivel de sus emisiones, desvinculándose así de los países en desarrollo cuyas responsabilidades en el cambio climático siguen siendo insignificantes. En realidad, según el principio de quien contamina paga, dos líneas de fractura dividen las críticas que vienen del Sur. Una separa a las potencias emergentes de los países que aún están... inmersos. Las primeras, enfundadas en su defensa de la soberanía, favorecen -como Estados Unidos- la vía nacional de los compromisos voluntarios contra la crisis ecológica. Los segundos, apoyados por la Unión Europea en el mejor de los casos, abogan por mecanismos supranacionales vinculantes.

La otra disensión que opera en el Sur tiende a oponer los argumentos oficiales y los antisistémicos. Según los primeros, la transición de los "países en desarrollo" sólo tendrá lugar si los países desarrollados no utilizan el imperativo ecológico para proteger sus mercados y, al mismo tiempo, penetrar más en los del Sur. Según los segundos, la única denuncia del Sur contra el proteccionismo verde occidental -una copia inversa del alegato del Norte a favor de "más liberalización en casa y menos en el extranjero"- es más solidaria que cuestiona los fundamentos del modelo de libre comercio basado en las exportaciones.

¿Debe el capitalismo ser verde o abolido?

Hasta la fecha, frente a la crisis ecológica, dos opciones han acaparado la mayor parte de la energía. La huida hacia delante productivista y consumista, por un lado; la pretensión de desarrollo sostenible, por otro. El "capitalismo gris" frente al "capitalismo verde". El "business as usual" del primero es bien conocido. Es la causa principal del desastre actual. Pero, ¿qué pasa con el gran diseño del desarrollo sostenible, el crecimiento verde o el Green Deal? ¿Rompe con la lógica del modelo dominante, que sierra la rama sobre la que se asienta?

Promovido durante tres décadas, el proyecto no ha mostrado ni una inversión de la lógica ni una inversión de las tendencias. Aunque hay variantes, en todos los casos es el resultado de una conciliación, en la mente de sus promotores, entre la posibilidad de obtener beneficios y la preservación de los recursos naturales. Para el presidente del Consejo Europeo, el Green Deal de la Comisión van der Leyen "convierte una necesidad existencial para el planeta en oportunidades económicas" (Le Soir, 27 Mayo 2020).

Para sus detractores del Sur, en cambio, el capitalismo verde procede a "una colonización de la ecología por la lógica de acumulación de la economía liberal" (www.ibon.org). Poniendo el capital natural en el mercado, valorando los servicios de los ecosistemas, privatizando los recursos, patentando la vida... y la supuesta gestión eficiente inducida, el enfoque pretende regular nuestra relación con el medio ambiente, estimulando un crecimiento que cree puestos de trabajo, asegurando así un futuro viable para el capitalismo. Remodelar las zonas de influencia de los países ricos y asegurar el abastecimiento en nombre de la salvación del planeta. O cómo abordar los fundamentos de un modelo que está en el origen de los desequilibrios (Cetri, *Green Economy,* 2013).

Tras la pandemia, en un momento de reflexión sobre el "próximo mundo", un extraordinario número de actores del Sur y del Norte han (re) avanzado sus propuestas alternativas. No todas coinciden, pero todas comparten un fuerte parecido social y ecológico, a distancia del capitalismo globalizado. Abogan por un cambio de paradigma, priorizando el reparto de los bienes comunes sobre la acumulación privada. Pasan por una reelaboración de nuestra relación con la naturaleza, así como por un cuestionamiento de las racionalidades, las relaciones sociales y las prácticas políticas vinculadas al modelo económico que hay que sustituir. Hablan (de nuevo) de desmercantilización, desglobalización y democratización. Y apuntan a la justicia comercial, fiscal, social, medioambiental, migratoria..., es decir, a los dispositivos jurídicos que limitan los derechos de algunos (Estados, transnacionales, grandes

fortunas...) cuando invaden los derechos de otros.

En total, superar los cuatro dilemas de la crisis ecológica implica:

1. Considerarla urgentemente como una cuestión central.
2. Aceptar que las poblaciones más vulnerables no son necesariamente las que la priorizan.
3. Afirmar la deuda ecológica de los ricos con los pobres.
4. Preferir una inversión de la lógica a "business as usual", incluso "greened" business.

Bernard Duterme es sociólogo, director del Centre Tricontinental (Cetri, Louvain-la-Neuve), responsable de la colección Alternatives Sud*. Autor o coordinador de varios libros sobre temas de desarrollo y medio ambiente en las relaciones Norte-Sur.*